

Honoré de Balzac

La Prima Bela



La prima Bela (La Cousine Bette), junto con *El primo Pons* son las dos novelas que conforman «Los parientes pobres», de *La Comedia Humana* del escritor francés Honoré de Balzac publicada en 1846. Ambientada en el París de mediados del siglo XIX, narra la historia de una mujer soltera de edad mediana que planea la destrucción de su familia. Bela, aliada a la pérfida Valeria Marneffe quien planea seducir y atormentar a varios hombres, uno de los cuales es el barón Hulot, el esposo de la prima de Bela, Adelina. Hulot sacrifica la fortuna familiar y su reputación para complacer a Valeria, pero ella lo abandona por un comerciante llamado Crevel.

A D. Miguel Ángel Caetani
Príncipe de Teano

No es al príncipe romano, ni al heredero de la ilustre casa de Caetani, que ha suministrado Papas a la Cristiandad, a quien dedico este pequeño fragmento de una larga historia, sino al sabio comentarista del Dante.

Usted me ha hecho descubrir la maravillosa armazón de ideas sobre la que el más grande de los poetas italianos ha construido su poema, el único que los modernos pueden oponer al de Homero. Antes de oír a usted, la Divina Comedia parecíame un inmenso enigma, cuya solución nadie había encontrado, y menos que nadie los comentaristas. Comprender de ese modo a Dante es ser tan grande como él; bien que todas las grandezas le son a usted familiares.

Publicando, en un volumen dogmático, la improvisación con que usted hubo de encantarme en una de las veladas en que se descansa de haber visto Roma, un sabio francés lograría una reputación, ganaría una cátedra y muchas cruces. Quizá usted ignora que la mayor parte de nuestros catedráticos viven sobre Alemania, sobre Inglaterra, sobre el Oriente o sobre el Norte, como insectos posados sobre un árbol; y, como el insecto, llegan a convertirse en parte integrante de aquél, pidiendo prestado su valor al del sujeto. Italia no ha sido explotada aún en cátedra abierta. Por eso no se me tendrá nunca en cuenta mi discreción literaria. Despojándole a usted, habría podido convertirme en un hombre docto con la fuerza de tres Schlegel, mientras que ahora voy a quedarme en simple doctor en medicina social, veterinario de las enfermedades incurables, aunque no sea más que para ofrecer un testimonio de agradecimiento a mi cicerone y unir el ilustre nombre de usted a los de los

Porcia, los San Severino, los Pareto, los de Negro, los Belgiojoso que, en *La Comedia Humana*, representarán aquella íntima y continua alianza entre Italia y Francia, que ya el obispo Bandello, autor de cuentos muy picarescos, consagraba de la misma manera en el siglo XVI, en aquella magnífica colección de novelas de Shakespeare, algunas veces hasta partes enteras y textualmente.

Los dos bosquejos le dedico constituyen las dos fases eternas de un mismo hecho. *Homo duplex*, ha dicho nuestro Buffon; ¿por qué no añadir: *Res duplex*? Todo es doble, hasta la virtud. También Molière presentaba siempre los dos lados de todo problema humano; Diderot, a imitación suya, escribió un día Esto no es un cuento, quizá la obra maestra de Diderot, donde presenta la sublime figura de la señorita Lachaux inmolada por Gardanne, frente a la de un amante perfecto muerto por su querida. Mis dos novelas están, pues, colocadas en pareja, como dos gemelos de sexo distinto. Es una fantasía literaria a la que por una vez puede uno entregarse, sobre todo en una obra donde se intenta representar todas las formas que sirven para vestir el pensamiento. La mayor parte de las disputas humanas todo en una obra donde se intenta representar formas que sirven para vestir el pensamiento. La mayor parte de las disputas humanas proceden de que existen a la vez sabios e ignorantes, constituidos de tal manera, que no ven más que un solo lado de los hechos o de las ideas, no ver pretende que la cara que ha visto es la única verdadera, la única buena. Así el Libro Santo ha lanzado esta frase profética: «Dios ha entregado el mundo a las disputas de los hombres». Confieso que este solo pasaje la Escritura debiera inducir a la Santa Sede para darle a usted el gobierno de las dos Cámaras, para obedecer a aquella sentencia comentada, en 1814, por disposición de Louis XVIII.

Que su talento y la poesía que lleva usted en sí protejan a los dos episodios de «Los parientes pobres».

De vuestro afectísimo servidor,

DE BALZAC
París, agosto-septiembre de 1846.

Hacia mediados del mes de julio del año de 1838, uno de esos coches recientemente puestos en circulación por las plazas de París, llamados milores, rodaba por la calle de la Universidad, conduciendo a un hombre grueso, de mediana estatura, vestido con el uniforme de la Guardia Nacional.

Entre el número de esos parisienses acusados de ser tan espirituales encuéntranse los que se creen infinitamente mejor de uniforme que con su traje ordinario, y que suponen en las mujeres gustos lo bastante depravados como para imaginar que han de verse favorablemente impresionadas ante el aspecto de una gorra de pelo y por el arnés militar.

El rostro de aquel capitán, perteneciente a la segunda legión, respiraba una propia satisfacción, que hacía resplandecer su tez encendida de color y su rostro medianamente mofletudo. Ante aquella aureola que la riqueza adquirida en el comercio pone en la frente de los tenderos ya retirados, adivinábase en el capitán a uno de los elegidos de París, por lo menos antiguo adjunto de su distrito. Creed también que no faltaba la cinta de la Legión de Honor sobre su pecho, arrogantemente combado a la prusiana. Instalado altivamente en el rincón del milor, aquel hombre condecorado dejaba errar sus miradas sobre los transeúntes que, a menudo, en París, recogen de este modo agradables sonrisas dirigidas a hermosos ojos ausentes.

El milor se detuvo en la parte de calle comprendida entre la de Bellechasse y la de Borgoña, a la puerta de una gran casa recientemente construida, sobre una parte del

patio de un antiguo palacio con jardín. Habían respetado el palacio, que conservaba su primitiva forma en el fondo del patio reducido a la mitad.

Sólo en el modo como el capitán aceptó los servicios del cochero para bajar del milor habríase reconocido al cincuentón. Hay gestos cuya franca pesadez tiene toda la indiscreción de una partida de bautismo. El capitán volvió a ponerse el guante amarillo de la mano diestra y, sin preguntar nada al portero, dirigióse hacia la gradería del piso bajo del palacio, con un aire que parecía querer decir: «Esta mujer es mía». Los porteros de París tienen un golpe de vista certero y no detienen nunca a las gentes condecoradas, vestidas de azul y de grave andar; en suma, conocen a los ricos.

Aquel piso bajo estaba todo él ocupado por el señor barón Hulot de Ervy, comisario ordenador en tiempos de la República, antiguo intendente general del Ejército y director entonces de una de las más importantes administraciones del Ministerio de la Guerra, consejero de Estado, gran oficial de la Legión de Honor, etc.

Este barón Hulot habíase llamado él mismo de Ervy, lugar de su nacimiento, para distinguirse de su hermano, el célebre general Hulot, coronel de los granaderos de la Guardia Imperial, a quien el emperador había hecho conde de Forzheim después de la campaña de 1809. El hermano mayor, el conde, encargado de la custodia de su hermano menor, por paternal prudencia habíalo colocado en la administración militar, donde, gracias a sus dobles servicios, el barón obtuvo y mereció el favor de Napoleón. Desde 1807 el barón Hulot era intendente general de los ejércitos de España.

Después de haber llamado, el capitán burgués hizo grandes esfuerzos para colocarse en su sitio el uniforme, que se había levantado, tanto por detrás como por delante, empujado por la acción de un vientre piriforme. Recibido tan pronto como le hubo visto un criado de librea, aquel

hombre importante e imponente siguió al criado que, abriendo la puerta del salón, dijo:

—El señor Crevel.

Al oír aquel nombre, admirablemente adecuado al talante de quien lo llevaba, una señorona rubia, muy bien conservada, pareció como si hubiese recibido una conmoción eléctrica y se levantó.

—Hortensia, ángel mío, vete al jardín con tu prima Isabela —dijo vivamente a su hija, que bordaba a algunos pasos de ella.

Después de haber saludado graciosamente al capitán, la señorita Hortensia Hulot salió por una puerta vidriera, llevándose consigo a una vieja solterona que parecía de más edad que la baronesa, aunque tuviese cinco años menos.

—Se trata de tu matrimonio —dijo la prima Bela al oído de su prima Hortensia, sin mostrarse ofendida por las maneras que la baronesa usaba para despedirlas, contando apenas con ella.

La manera de vestir de aquella prima hubiese, en caso de necesidad, explicado la falta de consideraciones con que era tratada.

Aquella solterona llevaba un traje de merino color pasa, cuyo corte y galones databan de la Restauración, una pañoleta bordada, que podría valer tres francos, y un sombrero de paja cosida con adornos de satén azul bordados, como se ve entre las vendedoras del mercado. Ante el aspecto de los zapatos, de piel de cabra, cuya forma delataba la mano de un zapatero de ínfima clase, un extraño hubiera vacilado para saludar a la prima Bela como a una parienta de la casa, pues parecía enteramente una costurera de diario. Con todo, la solterona no salió sin hacer un afectuoso saludo al señor Crevel, saludo al cual este personaje respondió con un signo de inteligencia.

—¿Vendrá usted mañana, verdad, señorita Fischer? —dijo.

—¿No tiene usted gente? —preguntó la prima Bela.

—Mis hijos y usted, nada más —replicó el visitante.

—Bien —respondió—; entonces, cuente conmigo.

—Aquí estoy, señora, a sus órdenes —dijo el capitán de la milicia burguesa, saludando de nuevo a la baronesa Hulot.

Y lanzó sobre la señora Hulot una mirada como la que Tartufo lanza a Elmira cuando un actor de provincias cree necesario señalar las intenciones de su papel, en Poitiers o en Coutances.

—Si quiere usted seguirme por aquí, caballero, estaremos mucho mejor que en este salón, para hablar de negocios —dijo la señora Hulot, designando una habitación próxima que, en la distribución de la casa, estaba destinada a sala de juego.

Aquella habitación no estaba separada más que por un ligero tabique del tocador, cuya ventana daba sobre el jardín, y la señora Hulot dejó al señor Crevel solo durante un momento, pues creyó necesario cerrar la ventana y la puerta del tocador, a fin de que nadie pudiese ir a escucharles. Tuvo asimismo la precaución de cerrar también la puerta vidriera del salón grande, sonriendo a su hija y a su prima, que vio sentadas en un antiguo quiosco, en el fondo del jardín. Volvió, dejando abierta la puerta de la sala de juego, con el fin de oír abrir la del salón grande si alguien entraba en él. Yendo y viniendo de este modo, la baronesa, no siendo observada por nadie, dejaba que su fisonomía expresase todos sus pensamientos; y quien la hubiese visto, casi se hubiera asustado de su agitación. Pero volviendo de la puerta de entrada del salón grande a la sala de juego, su rostro se ocultó bajo aquella reserva impenetrable que todas las mujeres, aun las más francas, parecen tener a sus órdenes.

Durante estos preparativos, por lo menos singulares, el guardia nacional examinaba los muebles del salón donde se hallaba. Viendo los cortinones de seda antaño rojos, desteñidos en violeta por la acción del sol y limados en los

pliegues por un largo uso; una alfombra de donde habían desaparecido los colores; muebles desdorados, cuya seda jaspeada de manchas veíase usada por bandas, muestras de desdén, de contento y de esperanza sucediéronse ingenuamente sobre su llano rostro de comerciante hecho rico. Mirábase en el espejo, por encima de un antiguo reloj Imperio, pasándose a sí mismo revista, cuando el frufrú del traje de seda anuncióle la presencia de la baronesa, recordando su primitiva posición.

La baronesa, después de haberse dejado caer sobre un pequeño sofá, que seguramente habría sido muy lindo allá por el año de 1809, indicó a Crevel una butaca cuyos brazos estaban terminados por bronceadas cabezas de esfinge, cuya pintura se iba por escamas, dejando ver a trozos la madera, haciéndole señas para que se sentase.

—Estas precauciones que toma usted, señora, serían un augurio encantador para un...

—Un amante —replicó ella, interrumpiendo al guardia nacional.

—La palabra es débil —dijo él, colocando su diestra sobre su corazón y poniendo en blanco unos ojos que casi siempre hacen reír a una mujer cuando pueden contemplar fríamente semejante expresión—. ¡Amante! ¡Amante! Diga usted embrujado...

—Escuche usted, señor Crevel —dijo la baronesa, demasiado seria para poder reír—. Tiene usted cincuenta años, es decir, diez menos que el señor Hulot, lo sé; pero a mi edad las locuras de una mujer deben estar justificadas por la belleza, por la juventud, por la celebridad, por el mérito, por alguno de esos esplendores que nos deslumbran hasta el punto de hacernos olvidarlo todo, hasta nuestra edad. Si usted tiene cuarenta mil libras de renta, en cambio su edad contrapesa su fortuna; por eso, usted no posee nada de cuanto una mujer puede exigir.

—¿Y el amor? —dijo el guardia nacional, levantándose y avanzando—. Un amor que...

—No, caballero, amor no, terquedad —dijo la baronesa, interrumpiéndole, para poner fin a aquella ridiculez.

—Sí, terquedad y amor —repuso él—, y también algo mejor, derechos...

—¡Derechos! —gritó la señora Hulot, que se mostró sublime de desprecio, de reto, de indignación—. Pero —repuso ella— con este tono no acabaremos nunca, y yo no le he pedido a usted que viniese aquí para hablar de lo que fue causa de que le despidiese, a pesar del parentesco de nuestras dos familias...

—Yo he creído...

—¡Todavía! —repuso ella—. ¿No ve usted, caballero, en la manera ligera y desenvuelta con que hablo de amante, de amor y de todo cuanto hay de más escabroso para una mujer, que estoy completamente segura de ser virtuosa? No temo nada, ni siquiera a que se sospeche de mí por encerrarme con usted. ¿Es ésta la conducta de una mujer débil? ¡Bien sabe usted por qué le he rogado que viniese!...

—No, señora —replicó Crevel, adoptando un aire frío. Se mordió los labios y recobró su posición.

—Pues bien: seré breve para abreviar nuestro mutuo suplicio —dijo la baronesa Hulot, mirando a Crevel.

Crevel hizo un saludo irónico, en el cual un hombre del oficio habría reconocido las maneras de un antiguo viajante de comercio.

—Nuestro hijo se casó con su hija...

—¡Si volviera a tener que hacerse...! —dijo Crevel.

—Ese matrimonio no se haría —respondió vivamente la baronesa—, lo dudo. Con todo, usted no tiene por qué quejarse. Mi hijo no sólo es uno de los primeros abogados de París, sino que además es diputado desde hace un año, y su aparición en la Cámara fue lo bastante sonada como para hacer pensar en que dentro de poco tiempo será ministro. Victorino ha sido nombrado dos veces ponente de leyes importantes y, si quisiera, podría ser ya abogado de la

Sala de casación. Así, pues, si quiere usted darme a entender que tiene un yerno sin suerte...

—Un yerno a quien me veo obligado a sostener —repu-so Crevel—, lo que me parece peor, señora. De los quinientos mil francos constituidos como dote de mi hija, doscientos han ido a parar Dios sabe dónde... a pagar las deudas de su señor hijo, a amueblar de un modo sorprendente su casa, una casa de quinientos mil francos que apenas si renta quince mil, porque él ocupa la mejor parte, sobre la que debe doscientos sesenta mil francos... Apenas si la renta cubre los intereses de la deuda. Este año tengo que dar a mi hija una veintena de miles de francos para que puedan comer. Y mi yerno que, según dicen, ganaba treinta mil francos en los Tribunales, va a descuidar los Tribunales por la Cámara...

—Eso, señor Crevel, es algo aparte que nos aleja del asunto. Pero para acabar con todo eso, si mi hijo llega a ser ministro, si le hace a usted nombrar oficial de la Legión de Honor y consejero de la Prefectura de París, creo que para un antiguo perfumista no tendrá usted por qué quejarse.

—¡Ah! Ya estamos en ello, señora. Soy un tendero, un comerciante, un antiguo vendedor de pasta de almendra, de agua de Portugal y de aceite cefálico, y debo sentirme muy honrado con haber casado a mi hija única con el hijo del señor barón Hulot de Ery, pues mi hija será baronesa. Esto es Regencia, es Luis XV, es aristocrático, está muy bien... Quiero a Celestina como se quiere a una hija única; la quiero tanto que, para no darle hermanos, acepté todos los inconvenientes de la viudedad en París (¡y en la fuerza de la edad, señora!); pero sepa usted que, a pesar de ese insensato amor para mi hija, no mermaré mi fortuna para su hijo, cuyos gastos a mí, que soy negociante, no me parecen claros.

—Caballero, en este mismo instante ve usted en el Ministerio de Comercio al señor Popinot, un antiguo droguista de la calle de los Lombardos...

—¡Amigo mío, señora!... —dijo el perfumista retirado—. Porque yo, Celestino Crevel, antiguo primer dependiente del padre César Birotteau, compré las existencias del dicho Birotteau, suegro de Popinot; el cual Popinot, simple dependiente en aquel establecimiento, es quien me lo recuerda, pues no acostumbra a ser orgulloso (es una justicia que hay que hacerle) con las gentes acomodadas y que poseen sesenta mil francos de renta.

—Bueno, caballero; las ideas que usted califica con la palabra Regencia no están ya en su lugar en una época en que se acepta a los hombres por su valor personal; y eso es lo que usted ha hecho al casar a su hija con mi hijo...

—¡Usted no sabe cómo se concertó ese matrimonio! —exclamó Crevel—. ¡Ah! ¡Maldita vida de soltero! ¡Sin mis calaveradas, mi Celestina sería hoy la vizcondesa de Popinot!

—Pero una vez más, no discutamos sobre cosas pasadas —repuso enérgicamente la baronesa—. Hablemos del motivo de queja que me proporciona la conducta extraña de usted. Mi hija Hortensia ha podido casarse; su matrimonio dependía completamente de usted; le creía animado de sentimientos generosos; pensé que sabría hacer justicia a una mujer que jamás ha tenido en su corazón otra imagen que la de su marido; que habría usted reconocido la necesidad en que estaba de no recibir a un hombre capaz de comprometerla, y que usted se apresuraría, por honor a la familia con la que está unido, a favorecer el enlace de Hortensia con el consejero señor Lebás... Y usted, caballero, ha hecho fracasar ese matrimonio...

—Señora —respondió el antiguo perfumista—, he obrado como un hombre honrado. Vinieron a preguntarme si los doscientos mil francos de dote atribuidos a la señorita Hortensia serían pagados, y yo respondí textualmente lo siguiente: «No lo garantizaría. Mi yerno, a quien la familia Hulot constituyó como dote una suma semejante, tenía deudas, y creo que si el señor Hulot de Ervy muriese maña-

na, su viuda se quedaría sin pan». Esto es todo, hermosa señora.

—¿Habría usted empleado ese lenguaje, caballero —preguntó la señora Hulot, mirando fijamente a Crevel—, si por usted hubiera yo faltado a mis deberes?...

—No habría tenido derecho para decirlo, querida Adeli-
na —exclamó aquel singular amante, cortando la palabra a la baronesa—, porque usted habría encontrado la dote en mi cartera...

Y uniendo la acción a la palabra, el gordo Crevel puso una rodilla en tierra, y viendo a la señora Hulot sumida por aquellas palabras en un mudo horror, que él tomó por incertidumbre, le besó la mano.

—Comprar la felicidad de mi hija a costa de... ¡Oh! Levántese usted, caballero, o llamo...

El antiguo perfumista se levantó con gran dificultad. Aquella circunstancia púsole tan furioso, que recobró su posición. Casi todos los hombres se encariñan con una postura con la que creen hacer resaltar todas las ventajas de que les ha dotado la Naturaleza. En Crevel esta actitud consistía en cruzar los brazos a la manera de Napoleón, poniendo la cabeza de perfil y lanzando su mirada como el pintor se la hacía dirigir en su retrato, es decir, hacia el horizonte.

—Guardar —dijo él, con un furor bien fingido—, guardar respetos a un liberti...

—A un marido, caballero, que se los merece —repuso la señora Hulot, interrumpiendo a Crevel para no dejarle pronunciar palabras que no quería oír.

—Mire, señora, usted me ha escrito para que viniese, usted quiere saber las razones de mi proceder, usted me saca de quicio con sus actitudes de emperatriz, con su desdén y su... desprecio. ¿No se diría que yo soy un negro? Créame, se lo repito, tengo derecho para hacerle... para hacerle a usted la corte... pues... Pero, no, la quiero a usted demasiado para callarme...